

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

Cuento de Navidad de los pájaros (Libro por capítulos)

Capítulo 1: Un pajarito de nieve

Era temprano una mañana de Navidad, y en la quietud del amanecer, con la suave nieve cayendo sobre los tejados, nació un niño en casa de los Pájaros.

Habían pensado ponerle Lucy si era niña, pero no la esperaban para la mañana de Navidad, y a un verdadero bebé de Navidad no se le podía poner un nombre a la ligera, en eso toda la familia estaba de acuerdo.

Estaban consultándolo en el cuarto de los niños. El señor Pájaro dijo que él había ayudado a poner nombre a los tres niños, y que debía dejar este asunto enteramente en manos de la señora Pájaro; Donald quería que la niña se llamara Maud, por una bonita niña de pelo rizado que se sentaba a su lado en la escuela; Paul eligió Luella, porque Luella era la enfermera que había estado con él durante toda su infancia, hasta el momento de sus primeros pantalones, y el nombre sugería toda clase de cosas agradables. El tío Jack decía que la primera niña siempre debía llamarse como su madre, por horrible que fuera el nombre.

La abuela dijo que prefería no tomar parte en la discusión, y todos recordaron de pronto que la señora Pájaro había pensado poner al bebé el nombre de Lucy, por la propia abuela; y, aunque sería poco delicado por su parte favorecer ese nombre, iría contra la naturaleza humana sugerir cualquier otro, dadas las circunstancias. Hugh, el "hasta ahora bebé", si es que eso es posible, se sentó en un rincón y no dijo nada, pero sintió, de alguna manera misteriosa, que su nariz estaba fuera de lugar; porque ahora había un bebé más nuevo, una posibilidad que nunca había tenido en cuenta; y la "primera chica" también, un desarrollo aún mayor de la traición, que lo puso realmente verde de celos.

Pero era un tema demasiado profundo para resolverlo allí mismo; además, no se le había preguntado a mamá, y todo el mundo consideraba absurdo, después de todo, adelantarse a un decreto que, con toda seguridad, sería absolutamente sabio, justo y perfecto.

La razón por la que se había sacado el tema tan temprano era que la señora Pájaro nunca permitía que sus bebés pasaran la noche sin nombre. Era una persona de carácter tan decidido que se habría ruborizado ante semejante cosa; decía que dejar que los benditos bebés anduvieran dando vueltas y vueltas sin nombre durante meses y meses era suficiente para arruinarlos de por vida. También dijo que si uno no podía decidirse en veinticuatro horas era señal de que... pero no repetiré el resto, pues podría predisponerte contra la mujer más encantadora del mundo.

Así que Donald tomó su nuevo velocípedo y salió a cabalgar arriba y abajo por la acera de piedra y a hacer muescas en las espinillas de gente inocente que pasaba por allí, mientras Paul hacía girar su trompo musical en los escalones de la entrada.

Pero Hugh se negó a abandonar la escena de la acción. Se sentó en el último escalón del vestíbulo, se golpeó la cabeza contra la barandilla unas cuantas veces, sólo para exacerbar su ira contenida, y luego se sumió en un sombrío silencio, a la espera de declarar la guerra si se imponían más "primeras niñas" a una familia ya saturada de ese artículo innecesario.

Mientras tanto, la querida señora Pájaro yacía en su habitación, débil, pero segura y feliz, con su dulce bebé a su lado y el cielo de la maternidad abriéndose ante ella. La enfermera preparaba papillas en la cocina y la habitación estaba en penumbra y en silencio. Había un alegre fuego abierto en la chimenea, pero, aunque las contraventanas estaban cerradas, las ventanas laterales que daban a la vecina iglesia de Nuestro Salvador, estaban abiertas de par en par.

De pronto, un sonido de música inundó el aire luminoso y se coló en la habitación. Era el coro de niños cantando villancicos navideños. Cada vez más altas se elevaban las voces claras y frescas, llenas de esperanza y alegría, como son siempre las voces de los niños. El estallido de la melodía crecía cada vez más, a medida que una alegre melodía caía sobre otra en alegre armonía:

"Canten, hermanos, villancicos,
Canten alegremente,

Canten las buenas nuevas,
¡Canten alegremente!
Y recen por una feliz Navidad
Para todos sus semejantes;
Canten, hermanos, villancicos,
Otro día de Navidad".

Un verso seguía a otro siempre con el mismo estribillo
alegre:

"Y recen por una feliz Navidad
Para todos sus semejantes;
Canten, hermanos, villancicos,
Otro día de Navidad".

La señora Pájaro pensó, mientras la música flotaba
sobre su apacible sueño, que se había deslizado al cielo
con su nuevo bebé y que los ángeles les daban la
bienvenida. Pero el pequeño bulto que tenía a su lado se
agitó un poco, y aunque apenas fue más que el
revoloteo de una pluma, se despertó; porque el oído
materno está tan cerca del corazón que puede oír el
más leve susurro de un niño.

Abrió los ojos y acercó a la niña. Parecía una rosa
bañada en leche, pensó, esta flor rosada y blanca de la
niñez, o como un querubín rosado, con su halo de pelo
amarillo pálido, más fino que una hebra de seda.

"Canten, hermanos, villancicos,
Canten alegremente,
Canten las buenas nuevas,
¡Canten alegremente!".
Las voces rebosaban alegría.

—Vaya, mi niña —susurró la Sra. Pájaro con suave sorpresa—, había olvidado qué día era. Eres una pequeña niña de Navidad, y te llamaremos “Villancica”; ¡la pequeña Villancica de Navidad de mamá!

—¿Qué? —dijo el Sr. Pájaro, entrando suavemente y cerrando la puerta tras él.
—¿Por qué, Donald, no crees que “Villancica” es un dulce nombre para un bebé de Navidad? Se me ocurrió hace un momento mientras cantaba y estaba aquí medio dormida y medio despierta.

—Creo que es un nombre encantador, querida, y que suena como tú; y espero que, siendo una niña, esta bebé tenga alguna posibilidad de ser tan encantadora como su madre —y ante este discurso del papá del bebé, la señora Pájaro, aunque estaba tan débil y cansada como podía estarlo, se sonrojó de felicidad.

Y así llegó el nombre Villancica.

Por supuesto, a mucha gente le pareció una tontería, aunque el tío Jack declaró riendo que era muy extraño que toda una familia de Pájaros no pudiera complacerse con una sola Villancica; y la abuela, que adoraba a la niña, pensó que el nombre era mucho más apropiado que Lucy.



Tal vez por haber nacido en época de vacaciones, Villancica fue una bebé muy feliz. Por supuesto, era demasiado pequeña para comprender la alegría de la Navidad, pero la gente dice que hay de todo en un buen comienzo, y puede que respirara inconscientemente la fragancia de los árboles de hoja perenne y de las cenas navideñas; mientras que el sonido de los cascabeles de los trineos y las risas de los niños felices pueden haber llegado a sus oídos de bebé y haber despertado en ellos una alegre sorpresa por el mundo feliz en el que había venido a vivir.

Tenía las mejillas y los labios rojos como bayas de acebo, el pelo del color de la llama de una vela de Navidad, los ojos brillantes como estrellas, la risa como un tintineo de campanas navideñas y las manitos siempre extendidas para dar.

Nunca se había visto una criaturita tan generosa. Mamá o la nodriza tenían que tomar siempre una cucharada de pan y leche antes de que Villancica pudiera disfrutar de su cena; y cualquier trozo de pastel o dulce que llegaba a sus bonitos dedos, era partido inmediatamente por la mitad y compartido con Donald, Paul o Hugh; y, cuando le hacían creer que mordisqueaba el bocado con afectado placer, ella aplaudía y gorgeara de alegría.

—¿Por qué lo hace? —preguntó Donald, pensativo.

—Ninguno de nosotros, los niños, lo hizo nunca.

—No lo sé —dijo mamá, estrechando a su querida contra su corazón—, ¡excepto que es una pequeña niña de Navidad, y por eso tiene una pequeña parte del cumpleaños más bendito que el mundo haya visto jamás!

Capítulo 2: Alas caídas

Era diciembre, diez años después. Villancica había visto encenderse nueve árboles de Navidad en sus cumpleaños, uno tras otro; nueve veces había asistido a las fiestas de la casa, aunque en su infancia su participación en las alegrías fue algo limitada.

Durante cinco años, sin duda, había escondido regalos para mamá y papá en los cajones de la cómoda de ambos, y albergado un número de secretos lo suficientemente grande como para hacer estallar el cerebro de un bebé, si no hubiera sido por el alivio que obtenía susurrándoselos todos a mamá, por la noche, cuando estaba en su cuna, procedimiento que no disminuía en lo más mínimo el valor de un secreto en su inocente mente.

Llevaba cinco años oyendo "Era la noche antes de Navidad", colgando un calcetín escarlata varias tallas más grande que ella, prendiendo una ramita de acebo en su camisón blanco para demostrar a Santa Claus que era una niña "verdaderamente" navideña, soñando con santos de pieles, paquetes de juguetes y renos, deseando a todo el mundo "Feliz Navidad" antes de que amaneciera, prestando cada uno de sus juguetes nuevos a los niños de los vecinos antes del mediodía, comido pavo y budín de ciruelas, y acostada por la noche en un trance de felicidad por los placeres del día.

Donald estaba en la universidad. Paul y Hugh eran grandes hombres, más altos que su madre. Papá Pájaro tenía canas en los bigotes; y la abuela, Dios la bendiga,

llevaba cuatro Navidades en el cielo. Pero las Navidades en el Nido de Pájaros apenas eran ahora tan alegres como solían serlo en los años pasados, pues la niña que antaño aportaba tanta bendición al día, yacía, mes tras mes, como una paciente e indefensa inválida, en la habitación donde había nacido.

Nunca había sido muy fuerte de cuerpo, y su madre y su padre se dieron cuenta, con una punzada de terror, poco después de que cumpliera cinco años, de que empezaba a cojear, muy ligeramente; a quejarse con demasiada frecuencia de cansancio, y a acurrucarse junto a su madre, diciendo que "prefería no salir a jugar, por favor". La enfermedad fue leve al principio, y la esperanza se agitaba siempre en el corazón de la señora Pájaro. "Villancica se sentirá más fuerte en el verano", o "mejorará cuando pasara un año en el campo", o "se le pasará", o "probaremos con otro médico", pero con el tiempo se hizo evidente que ningún médico, excepto uno, podría devolverle la fuerza a Villancica, y que ningún "verano" ni "aire del campo", a menos que fuera el eterno verano de un país celestial, podría devolverle la salud a la niña.

Las mejillas y los labios, que antes eran rojos como acebos, se volvieron de un rosa tenue; los ojos como estrellas se volvieron más suaves, pues a menudo brillaban a través de las lágrimas; y la alegre risa infantil, que había sido como un repique de campanas navideñas, dio paso a una sonrisa tan encantadora, tan conmovedora, tan tierna y paciente, que llenó todos los

rincones de la casa con un suave resplandor que podría haber salido del rostro del mismo Niño Jesús.



El amor no podía hacer nada; y cuando hemos dicho eso, lo hemos dicho todo, porque es más fuerte que cualquier otra cosa en todo el ancho mundo. El señor y la señora Pájaro hablaban de ello una noche, cuando todos los niños dormían. Un

famoso médico los había visitado aquel día, y les había dicho que, en algún momento, podría ser dentro de un año, podría ser dentro de más, Villancica se deslizaría tranquilamente al cielo, de donde había venido.

—Querida —dijo el Sr. Pájaro, paseándose por el suelo de la biblioteca—, es inútil que sigamos cerrando los ojos; Villancica nunca volverá a estar bien. Casi parece como si no pudiera soportarlo cuando pienso en esa adorable niña condenada a yacer allí día tras día y, lo que es peor, a sufrir un dolor que somos incapaces de alejar de ella. Feliz Navidad, por cierto; para mí es el día más triste del año.

Y el pobre Sr. Pájaro se hundió en una silla junto a la mesa y enterró la cara entre las manos para evitar que su esposa viera las lágrimas que iban a brotar a pesar de todos sus esfuerzos.

—Pero, Donald, querido —dijo la dulce Sra. Pájaro con voz temblorosa—, puede que el día de Navidad no sea tan alegre para nosotros como antes, pero es muy feliz, y eso es mejor y muy bendito, y eso es aún mejor. Sufro sobre todo por Villancica, pero casi he renunciado a afligirme por mí misma. Soy demasiado feliz por la niña, y veo con demasiada claridad lo que ha hecho por nosotros y por nuestros niños.

—Eso es cierto, bendito sea su dulce corazón —dijo el Sr. Pájaro—, ha sido mejor que un sermón diario en la casa desde que nació, y especialmente desde que cayó enferma.

—Sí, Donald, Paul y Hugh eran tres niños fuertes voluntariosos y bulliciosos, pero rara vez se ve tanta ternura, devoción, consideración por los demás y abnegación en niños de su edad. En esta casa casi no se conocen las peleas ni las palabras acaloradas. ¿Por qué? Villancica lo oiría, y la angustiaría, ya que está tan llena de amor y bondad. Los niños estudian con todas sus fuerzas. ¿Por qué? En parte, al menos, porque les gusta enseñar a Villancica y divertirla contándole lo que leen. Cuando viene la costurera, le gusta coser en la habitación de la señorita Villancica, porque allí se olvida de sus propios problemas, que, bien lo sabe el cielo, ya son bastante dolorosos. Y en cuanto a mí, Donald, cada día soy mejor mujer por Villancica; tengo que ser sus ojos, sus oídos, sus pies, sus manos, su fuerza, su esperanza; y ella, mi propia hijita, es mi ejemplo.

—Me equivoqué, querida mía —dijo el Sr. Pájaro más alegremente—; intentaremos no lamentarnos, sino

alegrarnos de tener un “ángel de la casa” como Villancica.

—Y en cuanto a su futuro —continuó la Sra. Pájaro—, creo que no debemos preocuparnos demasiado. Siento como si no nos perteneciera del todo, y cuando haya hecho aquello para lo que Dios la envió, Él se la llevará de vuelta a Sí mismo, ¡y puede que no tarde mucho! Entonces fue el turno de la pobre Sra. Pájaro de derrumbarse, y el turno del Sr. Pájaro de consolarla.

Capítulo 3: El nido del Pájaro

La propia Villancica no sabía nada de lágrimas maternas ni de angustias paternas; vivía tranquilamente en la habitación donde había nacido.

El señor Pájaro tenía mucho dinero, y aunque a veces le daban ganas de tirarlo todo al mar, ya que con él no podía comprarle un cuerpo fuerte a su hijita, se alegraba de hacer el lugar donde vivía tan hermoso como era posible.

La habitación se había ampliado con la construcción de un gran anexo que daba al jardín de abajo, y estaba tan lleno de ventanas que podría haber sido un invernadero. Las de los lados estaban, pues, más cerca de la pequeña iglesia de Nuestro Salvador que antes; las de delante daban al hermoso puerto, y las del fondo no daban a nada en particular, salvo a un pequeño callejón; no obstante, eran las más agradables de todas para Villancica, pues la familia Ruggles vivía en el callejón, y

los nueve niños Ruggles, pequeños, medianos y grandes, eran fuente de inagotable interés.

Las contraventanas podían abrirse todas y Villancica podía tomar un verdadero baño de sol en esta encantadora casa de cristal, o podían cerrarse todas cuando la querida cabeza le dolía o los queridos ojos estaban cansados. La alfombra era de un gris suave, con racimos de hojas verdes de laurel y acebo. Los muebles eran de madera blanca, sobre la que un artista había pintado escenas de nieve y árboles de Navidad y grupos de niños alegres tocando campanas y cantando villancicos.

Donald había hecho un bonito estante pulido y lo había atornillado a la parte exterior de los apoyapiés, y los niños siempre lo tenían lleno de plantas en flor, que cambiaban de vez en cuando; la cabecera también tenía un soporte a cada lado, donde había macetas de helechos de cabello de doncella.

Los tortolitos y los canarios colgaban de sus casitas doradas en las ventanas, y ellos, pobres seres enjaulados, podían saltar tan lejos de sus perchas de madera como Villancica podía aventurarse desde su pequeña cama blanca.

En un lado de la habitación había una estantería llena de cientos —sí, lo digo en serio— cientos y cientos de libros; libros con dibujos de alegres colores, libros sin ellos; libros con bocetos en blanco y negro, libros sin ninguno; libros con versos, libros con cuentos, libros que hacían reír a los niños y algunos que los hacían llorar; libros con palabras de una sílaba para niños y niñas pequeños, y

libros con palabras de temible longitud para desconcertar a los sabios.

Esta era la "Biblioteca Circulante" de Villancica. Cada sábado elegía diez libros y anotaba sus nombres en una pequeña agenda; en ellos deslizaba unas tarjetas que decían: "Por favor, tenga este libro dos semanas y léalo. Con cariño, Villancica Pájaro".

Entonces la señora Pájaro subió a su carruaje y llevó los diez libros al Hospital Infantil, y trajo a casa otros diez que había dejado allí la quincena anterior.

Esto fue fuente de gran felicidad, porque algunos de los niños del Hospital, los que tenían edad suficiente para escribir y eran lo bastante fuertes para hacerlo, escribieron a Villancica pequeñas y astutas cartas sobre los libros, y ella las contestó, y se hicieron amigos. (Es muy gracioso, pero no siempre hay que ver a la gente para quererla. Piénsalo y verás si no es así).

Había un alto revestimiento de madera alrededor de la habitación, y sobre él, en un estrecho marco dorado, corría una hilera de cuadros iluminados, que ilustraban cuentos de hadas, todos en azul mate, oro, escarlata, plata y otros encantadores colores. De la puerta al armario iba el cuento de "La bella de los rizos de oro"; del armario a la biblioteca, "El gato con botas"; de la biblioteca a la chimenea, "Jack el matagigantes"; y al



otro lado de la habitación estaban “Pulgarcito”, “La bella durmiente” y “Cenicienta”.

Luego había un gran armario lleno de cosas bonitas para ponerse, pero todo eran batas, zapatillas y chales; y había cajones llenos de juguetes y juegos, pero eran de los que se podían jugar en el regazo. No había bolos, ni pelotas, ni arcos y flechas, ni bolsas de frijoles, ni raquetas de tenis; pero, después de todo, otros niños los necesitaban más que Villancica Pájaro, porque ella siempre estaba feliz y contenta, tuviera lo que tuviera o le faltara lo que le faltase; y después de que la habitación se hubiera hecho tan bonita para ella, en su octava Navidad, siempre se llamaba a sí misma, en broma, un “Pájaro del Paraíso”.

Aquellos días de diciembre eran particularmente más felices que de costumbre, porque el tío Jack venía de Europa a pasar las vacaciones. El querido, divertido, alegre, cariñoso y sabio tío Jack, que venía cada dos o tres años y traía consigo tanta alegría que el mundo parecía tan negro como un nubarrón durante una semana después de que se marchara de nuevo.

El correo había traído esta carta:

“LONDRES, 28 de noviembre de 188—.

¡Feliz Navidad, queridos pajaritos de América! Arréglense las plumas y estiren un poco el nido de los pájaros, si les place, y dejen entrar al tío Jack para las fiestas.

Vengo con un baúl tan lleno de tesoros que tendrán que pedir prestadas las medias del Gigante y la Giganta de Barnum; vengo a estrujar a cierta pajarita hasta que lllore pidiendo clemencia; vengo a ver si encuentro un

niño que cuide de un pequeño poni negro que compré hace poco. Es lo más extraño que he conocido; ¡he buscado por toda Europa y no encuentro un niño que me convenga! Les diré por qué. Me he propuesto encontrar uno con un hoyuelo en la barbilla, ¡porque a este poni le gustan especialmente los hoyuelos! [—¡Hurra! —gritó Hugh—; bendito sea mi querido hoyuelo; nunca más me avergonzaré de él]. Por favor, envíen una nota al secretario del tiempo, y que haya una buena tormenta de nieve, digamos el día veintidós. Ninguna de esas tormentas de nieve mansas, apacibles, sin sentido, vacilantes; no de esas en las que los copos flotan perezosamente desde el cielo como si no les importara llegar o no, y luego se derriten en cuanto tocan la tierra, sino una tormenta de nieve regular, borrosa, cortante, ¡garantizada para congelar y permanecer! Me gustaría tener un árbol de Navidad más bien GRANDE, si les parece bien; no uno de esos ramitos de un metro o metro y medio de altura que solían tener ustedes hace tres o cuatro años, cuando los pajaritos aún no se habían emplumado del todo, sino un árbol de cierto tamaño. Colóquelo en la buhardilla, si es necesario, y luego podemos hacer un agujero en el tejado si el árbol resulta demasiado alto para la habitación.

Dile a Bridget que empiece a engordar un pavo. Dile que para el veinte de diciembre el pavo no debe poder sostenerse sobre sus patas por gordo, y que en los tres días siguientes debe permitirle reclinarsse fácilmente

sobre un costado, y que lo rellene hasta reventar. (Una onza de relleno antes vale una libra después).

El budín debe ser inusualmente grande y de un color negro oscuro, profundo y lúgubre. Debe estar tan lleno de ciruelas que el propio budín se derrame en la sartén y no llegue a la mesa. Espero estar allí el día veinte, para ocuparme de estas pequeñas cosas, recordando que al que madruga Dios lo ayuda, pero les doy las instrucciones por si me retraso.

Y Villancica debe decidir el tamaño del árbol; ella lo sabe mejor que nadie, fue una niña de Navidad; y debe abogar por la tormenta de nieve; el "secretario del tiempo" quizá le preste algo de atención; y debe buscarme al chico del hoyuelo; es más probable que lo encuentre ella que yo en este momento. Debe aconsejarme sobre el pavo, y Bridget debe llevarle el budín a su cama y dejar que ella le eche cada ciruela y lo revuelva una vez para que le dé suerte, o no comeré ni una rebanada, porque Villancica es la parte más querida de la Navidad para el tío Jack, y no comerá sin ella. Ella es mejor que todos los pavos, budines, manzanas, costillas, coronas, guirnaldas, muérdagos, calcetines, chimeneas y campanas de trineo de la cristiandad. Ella es el cuento de Navidad más dulce que jamás se haya escrito, dicho, cantado o recitado, y voy a ir, tan rápido como puedan llevarme los barcos y los trenes, para decírselo".

La alegría de Villancica no tenía límites. El Sr. y la Sra. Pájaro reían como niños y se besaban de puro placer, y cuando los chicos lo oyeron no hicieron más que chillar

como indios salvajes, hasta que la familia Ruggles, cuyo patio trasero se unía a su jardín, se reunió en la puerta y se preguntó qué pasaba en la casa grande.

Capítulo 4: “Los Pájaros se juntan”

El tío Jack vino realmente el día veinte. No lo retuvieron los negocios, ni se quedó rezagado ni atrapado por la nieve, como ocurre con frecuencia en los cuentos, y me temo que también en la vida real. También llegó la tormenta de nieve, y el pavo estuvo a punto de morir de muerte natural y prematura por exceso de comida.

También vino Donald; Donald, con una línea de plumón en el labio superior, y griego y latín en la lengua, y un montón de conocimientos en su hermosa cabeza, e historias... Dios mío, no se podía dar la vuelta a una ficha sin que Donald recordara “algo que había sucedido en la Universidad”.

Uno u otro estaban siempre junto a la cama de Villancica, pues la veían más pálida que antes y no podían perderla de vista. Sin embargo, era el tío Jack quien se sentaba a su lado en los crepúsculos invernales. La habitación estaba silenciosa y casi a oscuras, salvo por la luz de la nieve y la vacilante llama del fuego, que bailaba sobre el rostro de la Bella Durmiente y rozaba con mayor gloria los dorados rizos de la Bella. La mano de Villancica (demasiado delgada y blanca en estos últimos tiempos) yacía estrechamente entrelazada con la

del tío Jack, y hablaban en voz baja de muchas, muchas cosas.

—Quiero contarte todos mis planes para la Navidad de este año, tío Jack —dijo Villancica la primera noche de su visita—, porque será la más bonita que he tenido nunca. Los chicos se ríen de mí por preocuparme tanto; pero no es porque sea Navidad ni porque sea mi cumpleaños; hace mucho, mucho tiempo, cuando empecé a estar enferma, lo primero que pensaba al despertarme la mañana de Navidad era: “Hoy es el cumpleaños de Cristo... ¡Y EL MÍO! No juntaba las palabras porque me parecía demasiado atrevido, sino que primero pensaba: “El cumpleaños de Cristo”, y luego, al cabo de un minuto, en voz baja: “¡Y MÍO!” “El cumpleaños de Cristo ¡Y MÍO!” Y por eso no siento la Navidad como otras niñas. Mamá dice que supone que muchos otros niños han nacido ese día. A menudo me pregunto dónde estarán, tío Jack, y si para ellos también es un pensamiento entrañable, o si yo estoy tanto tiempo en la cama, y tan a menudo sola, que significa más para mí. Oh, espero que ninguno de ellos sea pobre, pase frío o hambre; y deseo, deseo que todos sean tan felices como yo, porque son mis hermanos y hermanas pequeños. Ahora, tío Jack, querido, voy a intentar hacer feliz a alguien cada Navidad que viva, y este año van a ser los “Ruggles de atrás”.

—¿Esa numerosa e interesante prole de niños en la casita al final del jardín trasero?

—Sí; ¿no es bonito ver a tantos juntos? Deberíamos llamarlos los niños Ruggles, por supuesto; pero Donald

empezó a hablar de ellos como los "Ruggles de atrás", y papá y mamá lo adoptaron, y ahora parece que no podemos evitarlo. La casa se construyó para el cochero del señor Carter, pero el señor Carter vive en Europa, y al caballero que alquila su casa no le importa lo que le pase, así que esta pobre familia irlandesa vino a vivir allí. Cuando recién se mudaron, solía sentarme en mi ventana y verlos jugar en su patio trasero; son muy fuertes, joviales, y bondadosos; y entonces, un día, tuve un terrible dolor de cabeza, y Donald les preguntó si por favor podrían no gritar tan fuerte, y ellos explicaron que estaban teniendo un juego de circo, pero que cambiarían y jugarían a la "Escuela de Sordomudos" toda la tarde.

—¡Jajaja! —rio el tío Jack—. Qué familia tan servicial, sin duda.

—Sí, a todos nos pareció muy gracioso, y yo les sonreía desde la ventana cuando me encontraba lo bastante bien para estar de nuevo en pie. Sarah Maud llama a su puerta cuando los niños vuelven de la escuela, y si mamá asiente con la cabeza, eso significa que "Villancica está muy bien", y entonces deberías oír gritar a los pequeños Ruggles; creo que intentan ver cuánto ruido pueden hacer; pero si mamá niega con la cabeza, siempre juegan a juegos tranquilos. Entonces, un día, Cary, mi canario mascota, salió volando de su jaula, y Peter Ruggles la atrapó y la trajo de vuelta, y lo tuve aquí arriba, en mi habitación, para darle las gracias.

—¿Peter es el mayor?

—No: Sarah Maud es la mayor, ayuda a lavar la ropa; y Peter es el que sigue. Es modisto.

—¿Y cuál es la bonita niña pelirroja?

—Esa es Kitty.

—¿Y el joven gordo?

—El bebé Larry.

—¿Y el pecoso?

—No te rías, ¡es Peoria!

—Villancica, estás bromeando.

—No, de verdad, tío querido. Nació en Peoria; eso es todo.

—¿Y el siguiente chico es de Oshkosh?

—No —rio Villancica—, los otros son Susan, Clemente, Eily y Cornelio.

—¿Cómo te has aprendido todos sus nombres?

—Bueno, yo tengo lo que llamo una “escuela ventana”.

Ahora hace demasiado frío, pero cuando hace calor me sacan en silla de ruedas a mi pequeño balcón, y los Ruggles suben y caminan a lo largo de la valla de nuestro jardín y se sientan en el tejado de nuestra casa de carruajes. El día de Acción de Gracias subieron unos minutos, hacía bastante calor a las once, y nos contamos mutuamente por qué teníamos que dar las gracias; pero dieron respuestas tan extrañas que papá tuvo que salir corriendo por miedo a reírse; y yo no las entendía muy bien. De todas las cosas del mundo, Susan estaba agradecida por los CAMIONES; Cornelius, por los coches de caballos; Kitty, por el filete de cerdo; mientras que Clem, que es muy callado, se animó cuando me acerqué

a él y dijo que estaba agradecido por SU LAMENTABLE CACHORRO. ¿No fue bonito?

—Podrían enseñarnos una lección a algunos de nosotros, ¿no es así, pequeña?

—Eso dijo mamá. Ahora voy a regalar toda esta Navidad a los Ruggles; y, tío Jack, parte del dinero me lo he ganado yo.

—¿Tú, mi pajarita? ¿Cómo?

—Bueno, verás, no podía ser mi propia Navidad si papá me daba todo el dinero, y pensé que para celebrar de verdad el cumpleaños de Cristo debía hacer algo por mi cuenta; así que hablé con mamá. Por supuesto que se le ocurrió algo bonito; siempre se le ocurren cosas bonitas; la cabeza de mamá rebosa de pensamientos bonitos, y todo lo que tengo que hacer es pedírselo y sale el que yo quiero. Este pensamiento fue dejarla escribir, tal como yo le dije, una descripción de cómo una niña vivía en su propia habitación tres años, y lo que hacía para entretenerse; y lo enviamos a una revista y obtuvimos veinticinco dólares por ello. ¡Qué te parece!

—¡Vaya, vaya! —exclamó el tío Jack—. ¡Mi pequeña es una verdadera autora! ¿Y qué vas a hacer con este maravilloso dinero tuyo?



—Les daré a los nueve Ruggles una gran cena de Navidad en esta misma habitación, ésa será la contribución de papá, y después

un hermoso árbol de Navidad, repleto de regalos, ésa será mi parte, porque tengo otra manera de aumentar mis veinticinco dólares, para poder comprar todo lo que me gusta. Me gustaría mucho que te sentaras a la cabecera de la mesa, tío Jack, porque nadie podría tenerte miedo, ¡eres lo más, lo más, lo más querido que ha existido! Mamá nos va a ayudar, pero papá y los chicos van a comer juntos abajo, por miedo a que los pequeños Ruggles se asusten; y después de divertirnos con el árbol podemos abrir mi ventana y escuchar todos juntos la música de la misa vespertina, si llega antes de que se vayan los niños. He escrito una carta al organista y le he pedido que toque las dos canciones que más me gustan. ¿Verás si todo está bien?

“NIDO DE PÁJAROS, 21 de diciembre de 188—.

QUERIDO SR. WILKIE,

Soy la pequeña enferma que vive al lado de la iglesia, y, como rara vez salgo, la música en los días de ensayo y los domingos es uno de mis mayores placeres.

Quiero saber si puede dejar que los chicos canten

“Canten, hermanos, villancicos” la noche de Navidad, y si la que canta «Mi propio país» tan bellamente puede por favor cantarla también. Creo que es la canción más bonita del mundo, pero siempre me hace llorar; ¿a usted no?

Si no es mucha molestia, espero que puedan cantar las dos muy temprano, ya que después de las diez puedo estar dormida.

Suya respetuosamente,

VILLANCICA PÁJARO.

P.D: La razón por la que me gusta «Canten, hermanos, villancicos» es porque los niños del coro la cantaron once años atrás, la mañana en que nací, y le metieron en la cabeza a mamá que me llamaría Villancica. Entonces no se acordó de que mi otro nombre sería Pájaro, porque estaba medio dormida y no podía pensar más que en una cosa a la vez. Donald dice que si hubiera nacido el cuatro de julio me habrían llamado Independencia, o si hubiera sido el veintidós de febrero, Georgina, o incluso Cereza, como Cereza en Martin Chuzzlewit, la novela de Dickens; pero a mí me gusta más mi propio nombre y mi cumpleaños.

Atentamente,

VILLANCICA PÁJARO”.

Al tío Jack le pareció muy bien la carta, y ni siquiera sonrió al ver que ella le contaba al organista tantas cosas de la familia. Los días pasaron volando, como siempre pasan volando en vacaciones, y llegó la Nochebuena antes de que nadie se diera cuenta. La fiesta familiar fue tranquila y muy agradable, pero bastante absorbida por los grandes preparativos del día siguiente. Villancica y Elfrida, su bonita enfermera alemana, habían rebuscado en los libros y habían introducido tantos planes, obras de teatro, costumbres y celebraciones de Alemania, Holanda, Inglaterra y una docena de otros lugares, que apenas se hubiera sabido cómo o dónde se estaba celebrando la Navidad. El perro y el gato habían disfrutado de su celebración bajo la dirección de Villancica. Cada uno tenía una mesita con una vela encendida en el centro y un trozo de salchicha

de Bolonia colocado muy cerca de ella, y todos se reían hasta las lágrimas al ver a Villikins y Dinah luchar por mordisquear las salchichas y, al mismo tiempo, evadir la llama de la vela. Villikins ladró, olfateó y aulló de impaciencia, y después de muchos intentos vanos consiguió arrastrar el premio, aunque se chamuscó la nariz al hacerlo. Dinah, mientras tanto, lo observaba plácidamente, con sus delicadas fosas nasales temblorosas de expectación y, cuando toda la excitación se hubo calmado, caminó con dignidad hasta la mesa, con su hermosa cola de raso gris arrastrándose tras ella y, levantando tranquilamente una pata de terciopelo, bajó suavemente la salchicha y salió de la habitación sin despeinarse, por así decirlo. Elfrida había esparcido puñados de semillas sobre la nieve del jardín, para que los pájaros silvestres pudieran desayunar cómodamente a la mañana siguiente, y había metido manojos de hierbas secas en las chimeneas, para que los renos de Santa Claus pudieran refrescarse después de sus largos galopes por el campo. En realidad, todo esto no era más que una diversión, pero complacía a Villancica. Y cuando, después de cenar, toda la familia había ido a la iglesia a ver los adornos navideños, Villancica salió cojeando fatigosamente con sus pequeñas muletas y, con la ayuda de Elfrida, colocó todas las botas de la familia en fila en el vestíbulo superior. Así evitarían que sus seres queridos se pelearan durante todo el año. Allí estaban las robustas botas de papá; a continuación, los bonitos zapatos abotinados de mamá; después, los del tío Jack, Donald, Paul y Hugh; y al final de la fila, sus

propias zapatillas blancas de estambre. Por último, y lo más dulce de todo, como los niños pequeños de Austria, puso una vela encendida en su ventana para guiar al querido Niño Jesús, no fuera que tropezara en la oscura noche al pasar por la calle desierta. Hecho esto, se dejó caer en la cama, un poco cansada, pero muy feliz por la magia de la Navidad.

Capítulo 5: Otras aves aprenden a volar

Antes de que el Ruggles más madrugador pudiera despertarse y hacer sonar su cuerno de hojalata de cinco centavos, la señora Ruggles ya estaba levantada y moviéndose por la casa, pues era un día de gala en la familia.

¡Día de gala! Yo diría que sí. ¿No estaban sus nueve “hijos” invitados a una cena en la gran casa, y no iban a sentarse libres e iguales a los más poderosos del país? Había estado preparándose para la gran ocasión desde que recibió la invitación, que, por cierto, había sido rápidamente guardada en un viejo marco de fotos y colgada bajo el espejo en el lugar más prominente de la cocina, donde miraba a los visitantes ocasionales directamente a los ojos y los hacía palidecer de envidia:

“NIDO DE AVES, 17 de diciembre de 188—.

QUERIDA SRA. RUGGLES,

Voy a celebrar una cena el día de Navidad y me gustaría que vinieran todos sus hijos. Los quiero a todos, por favor, desde Sarah Maud hasta el bebé Larry. Mamá

dice que la cena será a las cinco y media, y el árbol de Navidad a las siete; así que pueden esperarlos en casa a las nueve. Deseándoles una Feliz Navidad y un Próspero Año Nuevo, los saluda atentamente, VILLANCICA PÁJARO”.

El desayuno estaba en la mesa a las siete en punto, y había muy poco, porque era un día excelente para raciones cortas, aunque la señora Ruggles suspiró al pensar que incluso los niños, con sus estómagos de goma de la India, estarían tan hambrientos al día siguiente de la cena como si nunca hubieran cenado.

En cuanto terminó la escasa comida, anunció el plan de la campaña:

—Ahora, Susan, tú y Kitty laven los platos; y Peter, ¿puedes tender las camas para que pueda cortar el traje nuevo de Larry? No estoy satisfecha con el que le queda ajustado, y por la noche se me ocurrió la forma de hacerle uno con mi viejo chal a cuadros, al estilo escocés, ya sabes. ¡Ustedes, los otros niños, lárguense de aquí! Clem, tú y Con métanse en la cama con Larry mientras lavo sus calzones; no tardarán mucho en secarse. Sarah Maud, creo que quedaría muy bien si arrancaras los botones de latón del abrigo de policía de tu tío y los cosieras en fila en la parte delantera de tu falda verde. Susan, tienes que planchar los tuyos y los de Kitty; ¡y he estado a punto de olvidarme de las medias de Peoria! Las conté todas anoche mientras las lavaba, y no hay más que diecinueve de cualquier manera que las arregles, y no hay nueve pares iguales; ¡y no voy a dejar que mis hijos lleven medias raras a

una cena, educada como yo fui! Eily, ¿puedes ir a pedirle a la Sra. Cullen que me preste un par de medias para Peoria, y decirle que, si lo hace, Peoria le dará a Jim la mitad de sus dulces cuando llegue a casa?

¿Verdad, Peoria?

Peoria era joven y avara, y pensó que el remedio era mucho peor que la enfermedad, de modo que lanzó un aullido ensordecedor ante la oferta proyectada, un aullido tan rebelde y tan fuera de lugar que su madre se puso en marcha en su dirección con los ojos brillantes y la mano levantada; pero la dejó caer de repente, diciendo:

—No, no te castigaré el día de Navidad, si me vuelves loca; pero habla con inteligencia, ahora, y di si prefieres darle a Tim Cullen la mitad de tus dulces o ir con las piernas desnudas a la fiesta.

Una vez planteado el asunto con tanta claridad, Peoria se recompuso, se secó las lágrimas y eligió el mal menor; Clem aceleró la decisión con un guiño cariñoso que significaba que le daría la mitad de sus dulces.

—¡Esa es una dama! —exclamó su madre—. Ahora, jóvenes que no estén haciendo nada, jueguen todo lo que quieran antes del mediodía, porque después de que terminen de comer a las doce en punto, Sarah Maud y yo vamos a lavarlos, peinarlos y vestirlos como nunca antes lo han hecho y nunca lo volverán a hacer, y luego los sentaré y les daré dos horas sólidas de entrenamiento en modales; y tampoco será ninguna tontería.

—¡Lo único que tenemos que hacer es ir a comer! —
refunfuñó Peter.

—Bueno, ya basta —respondió su madre—; hay más de una forma de comer, déjame decirte, y tienes mucho que aprender al respecto, Peter Ruggles. Por el amor de Dios, me gustaría que los niños pudieran ver la forma en que me criaron para comer; nunca tomé una comida en la cocina antes de casarme con Ruggles; pero no puedes mantener ese estilo con nueve niños pequeños y su padre siempre en el mar.

Los grandes Ruggles trabajaron tan bien, y los pequeños Ruggles se mantuvieron alejados de problemas con tanto éxito, que a la una en punto nueve aseos completos estaban colocados con solemne grandeza sobre las camas. Digo completos, pero no sé si se llamarían así en la mejor sociedad. La ley de la compensación había sido bien aplicada; el que tenía corbata no tenía puños; la que tenía faja no tenía pañuelo, y viceversa; pero todos tenían botas y una cierta cantidad de ropa, tal como era, siendo la capa exterior en todos los casos bastante poco criticable.

—Ahora, Sarah Maud —dijo la Sra. Ruggles, con la cara brillante por la emoción—, todo está listo y podemos empezar. Tengo una caldera, una tetera y una olla de agua caliente. Peter, vete al dormitorio de atrás y yo me ocuparé de Susan, Kitty, Peoria y Cornelius; y Sarah Maud, tú ocúpate de Clem, Eily y Larry, de uno en uno, y haz todo lo que puedas con ellos, y luego yo acabaré con ellos mientras tú te aseas.

Sarah Maud no podría haber fregado con más decisión y fuerza si hubiera estado haciendo suelos, y los pequeños Ruggles lo soportaron con valentía, no por heroísmo natural, sino por la alegría que se les ofrecía. No satisfecha, sin embargo, con el tono de sus cutis, terminó las operaciones aplicando un poco de ladrillo Bristol de la tabla de cuchillos, que sirvió como la proverbial "gota que rebalsó el vaso", de debajo de la cual los pequeños Ruggles salieron bastante rojos, crudos y fuera de sí. Cuando el reloj dio las tres, estaban todos vestidos, y la mayoría de ellos en su sano juicio, listos para esos últimos retoques que siempre llevan más tiempo. El pelo rojo de Kitty estaba rizado en treinta y cuatro tirabuzones, el de Sarah Maud estaba trenzado en una cola de caballo, y el de Susan y Eily en dos trenzas cada uno, mientras que el de Peoria se resistía a todos los avances en forma de aceites para el pelo y sobresalía recto por todos lados, como el de la chica circasiana del circo, según dijo Clem; y también fue enviado al dormitorio por ello, de donde fue arrastrado con perdón por la propia Peoria, cinco minutos más tarde. Entonces (momento emocionante) llegaron los cuellos de lino para unos y las corbatas y lazos para otros, y ¡jeureka! Los Ruggles estaban vestidos, ¡y ni Salomón en toda su gloria estuvo vestido como uno de ellos! Se formó una hilera de asientos directamente a través del centro de la cocina. No había sillas suficientes para diez, ya que la familia rara vez había querido sentarse toda a la vez, pues siempre había alguien fuera o en la cama, pero la caja de leña y

la carbonera completaban muy bien la fila. Los niños ocuparon sus puestos según la edad, Sarah Maud a la cabeza y Larry en la carbonera; y la señora Ruggles se sentó delante, observándolos con orgullo mientras se secaba el sudor del trabajo honrado de la frente.

—Bueno —exclamó—, ¡Quizá no deba decirlo yo, pero nunca he visto un manojito de niños más limpio y con más estilo en mi vida! ¡Desearía que Ruggles pudiera verlos por un minuto! Ya les he contado qué clase de familia era la de los McGrill. Tengo motivos para sentirme orgullosa; su tío es policía en Nueva York; pueden leer el periódico casi todos los días y ver su nombre impreso: James McGrill, y yo no puedo tener a mis hijos en la calle, como otra gente. ¡Cuando salen tienen que estar prolijos y aprender a comportarse decentemente! Quiero ver cómo se comportarán cuando lleguen allí esta noche. Empecemos por el principio y representemos todo el asunto. Vayan todos al dormitorio y muéstrenme cómo van a entrar al salón. Este será el salón y yo seré la Srta. Pájaro.

Los jóvenes se apresuraron a entrar en la habitación contigua con gran entusiasmo, y la señora Ruggles se incorporó en su silla con una expresión infinitamente altiva y orgullosa de su cartera que encajaba mucho



mejor con una descendiente de los McGrill que con la modesta señora Pájaro. El dormitorio era pequeño, y en seguida se oyó tal alboroto que habría parecido que se había soltado una manada de ganado salvaje; se abrió la puerta y entraron a tropezones, todos los pequeños riendo a carcajadas, con Sarah Maud a la cabeza, con cara de haber sido sorprendida en el acto de robar ovejas; mientras Larry, que era el último de la fila, parecía pensar que la puerta era una especie de puerta del cielo que se le cerraría en las narices si no llegaba a tiempo.

La Sra. Ruggles parecía severa.

—Sabía que lo harían de una manera tonta, ¡inténtenlo otra vez, y si Larry no puede entrar en dos patas, que se quede en casa!

El asunto empezó a tomar un aspecto más grave; los pequeños Ruggles dejaron de reírse y retrocedieron hacia el dormitorio, saliendo en fila india, con una expresión asustada y de espanto en todos sus rostros.

—¡No, no, no! —gritó la Sra. Ruggles, desesperada—.

Parecen una pandilla de presidiarios; no hay estilo para eso; sepárense más, ¿pueden?, y actúen despreocupadamente, como si nadie fuera a matarlos. La tercera vez trajo el merecido éxito, y los alumnos tomaron asiento en la fila.

—Ya saben —dijo la Sra. Ruggles—, que no hay suficientes sombreros decentes para todos, y si los hubiera no sé si permitiría que los llevaran, porque a los niños no se les ocurriría quitárselos cuando entraran; pero, de todos modos, no hay suficientes buenos. Ahora, mírenme a los

ojos. No hace falta que lleven sombreros, ninguno de ustedes, y cuando lleguen al salón y les pidan que se quiten los sombreros, Sarah Maud debe hablar y decir que era una tarde tan agradable y un paseo tan corto que dejaron los sombreros en casa para ahorrarse problemas. Ahora, ¿puedes recordarlo?

Y todos los Ruggles gritaron a coro:

—¡Sí, mamá!

—¿Qué tienen que ver con eso? —preguntó su madre—. ¡Te dije a TI que lo dijeras! ¿No le estaba hablando a Sarah Maud?

—Sí, mamá —dijeron débilmente los pequeños Ruggles, bajando la cabeza.

—Ahora levántense todos e inténtenlo. Habla, Sarah Maud.

La lengua de Sarah Maud se le pegó al paladar.

—¡Rápido!

—Ma pensó... que era... un sombrero tan agradable que... sería mejor que dejáramos nuestro corto paseo en casa —recitó Sarah Maud, en una agonía de esfuerzo mental. Esto fue demasiado para los niños.

—Oh, ¿qué voy a hacer con ustedes? —gimió la madre infeliz—. ¡Supongo que tendré que enseñárselo! —y lo hizo, palabra por palabra, hasta que Sarah Maud pensó que podría pararse sobre su cabeza y decirlo al revés.

—Ahora, Cornelius, ¿qué vas a decir TÚ para ser una buena compañía?

—¡No lo sé! —dijo Cornelius, poniéndose pálido.

—Bueno, no vas a quedarte ahí como un nudo en un tronco sin decir una palabra para pagar tu comida,

¿verdad? Pregúntale a la Sra. Pájaro cómo se siente esta noche, o si el Sr. Pájaro está teniendo una temporada ocupada, o algo así. Ahora haremos de cuenta que hemos llegado a la cena (eso no será tan difícil, porque tendrás algo que hacer); es terriblemente molesto quedarse parado y actuar con estilo. Si tienen servilletas, Sarah Maud y Peoria pueden ponérselas en el regazo y los demás pueden metérselas en el cuello. No coman con los dedos, no tomen nada de los platos de los demás; no extiendan la mano para agarrar nada, esperen a que se les ofrezca, y si nunca se les ofrece, no se levanten y lo agarren; no derramen nada sobre el mantel, o la Sra. Pájaro los echará de la mesa. ¡Ahora probaremos algunas cosas para ver cómo salen! Sr. Clement, ¿usted come salsa de arándanos?

—¡Apuesta tu vida! —gritó Clem, que, no habiendo asimilado exactamente la idea, la había confundido con una pregunta familiar ordinaria.

—Clement Ruggles, ¿quieres decirme que dirías eso en una cena? Te daré otra oportunidad. Sr. Clement, ¿quiere tomar un poco de arándano?

—Sí, señora, gracias, si queda un poco.

—¡Muy bien! Sr. Peter, ¿desea carne blanca u oscura?

—No tengo preferencias en cuanto al color; todo lo que no quiera nadie me vendrá bien —contestó Peter con su mejor aire.

—¡A la primera! Nadie podría hablar con más elegancia. Srta. Kitty, ¿le apetece un sándwich de carne dura o blanda?

—Un poco de las dos cosas, por favor, y se lo agradezco mucho —dijo Kitty con decidida desenvoltura y gracia, ante lo cual todos los demás Ruggles la señalaron con el dedo de la vergüenza y Peter GRUÑÓ expresivamente, para que no se confundieran.

—Deja de gruñir, Peter Ruggles; eso estuvo bien. Ojalá pudiera meterles en la cabeza que no es tanto lo que dicen como la forma en que lo dicen. Eily, tú y Larry son demasiado pequeños para entrenar, así que sólo miren al resto y hagan lo que ellos hacen, ¡y que el Señor tenga piedad de ustedes y los ayude a actuar decentemente! Ahora, ¿hay algo más que quieran practicar?

—Si me dices una cosa más, no podré sentarme y comer —dijo Peter, sombríamente—. Estoy tan lleno de modales que estoy listo para reventar sin cenar.

—Yo también —dijo Cornelius.

—Bueno, lo siento por ustedes dos —replicó sarcásticamente la Sra. Ruggles—; si la “sarta de modales” que tienen ahora les molesta, ¡es muy fácil hacerles daño! Ahora, Sarah Maud, después de cenar, más o menos una vez cada cierto tiempo, tienes que decir: “Supongo que será mejor que nos vayamos”. Y si dicen “Oh, no, quédense un rato más”, pueden quedarse; pero si no dicen nada, tiene que levantarse e irse.

¿Pueden recordarlo?

¡MAS O MENOS UNA VEZ CADA CIERTO TIEMPO!

¿Podría alguna palabra en el idioma estar cargada de una incertidumbre más terrible y desgastante?

—Bueno —respondió Sarah Maud, afligida—, ¡parece como si toda esta cena se me hubiera echado encima! Tal vez

podría controlar mis propios modales, pero controlar nueve modales es peor que quedarse en casa.

—Oh, no te preocupes —dijo su madre, de buen humor—, supongo que te las arreglarás. No me importaría si la gente dijera: “Oh, los niños son niños”, pero no lo harán. Dirán: «Santo cielo, ¿quién ha traído a estos niños?». Ahora son las cinco y cuarto; pueden irse, y hagan lo que hagan, no olviden que su madre era una McGrill.

Capítulo 6: ¡Cuando se abrió el pastel, los pájaros empezaron a cantar!

Los niños salieron silenciosamente por la puerta trasera y en seguida se perdieron de vista, Sarah Maud resbalando y tropezando distraídamente mientras recitaba en voz baja:

—Era una tarde tan agradable y un paseo tan corto que pensamos en dejar nuestros sombreros en casa.

Peter tocó el timbre de la puerta y en seguida un sirviente los recibió y, susurrando algo al oído de Sarah, la hizo bajar a la cocina. Los otros Ruggles permanecieron en grupos horrorizados mientras la puerta se cerraba detrás de su oficial al mando; pero no hubo tiempo para reflexionar, pues se oyó una voz desde arriba que decía:

—¡Suban las escaleras, por favor!

“No estaban allí para replicar,
no estaban allí para razonar,
no estaban sino para vencer o morir”.

En consecuencia, subieron las escaleras y Elfrida, la nodriza, los condujo a una habitación más espléndida que cualquier otra que hubieran visto jamás. Pero, ¡ay! ¿dónde estaba Sarah Maud? Y, ¿fue el destino que la señora Pájaro dijera de inmediato:

—¿Han dejado los sombreros en el vestíbulo?

Peter se sintió elegido el cabeza de familia por las circunstancias y, lanzando una mirada suplicante a Susan, que estaba a su lado, dijo roncamente:

—Fue muy agradable... que... que...

—Que no tuviéramos suficientes sombreros buenos para todos —dijo Susan valientemente para ayudarlo, y luego se quedó helada de horror al ver que las desafortunadas palabras se le habían escapado de la lengua.

Sin embargo, la Sra. Pájaro dijo, agradablemente:

—Por supuesto que no llevaría sombrero a tan corta distancia; lo olvidé cuando lo pregunté. Ahora, ¿podrían entrar en la habitación de la señorita Villancica, que está tan ansiosa por verlos?

En ese momento Sarah Maud subió las escaleras de atrás, tan radiante de alegría por su entrevista secreta con la cocinera, que Peter podría haberla pellizcado con la conciencia tranquila, y Villancica les dio una alegre bienvenida.

—Pero, ¿dónde está el pequeño Larry? —gritó, mirando al grupo con ojos interrogantes—. ¿No ha venido?

—¡Larry! ¡Larry! —Dios mío, ¿dónde estaba Larry? Todos estaban seguros de que había entrado con ellos, pues Susan recordaba haberlo regañado por tropezar con el felpudo de la puerta. El tío Jack entró en convulsiones de risa.

—¿Están seguros de que ustedes eran nueve? —preguntó alegremente.

—Creo que sí, señor —dijo Peoria tímidamente—, pero, de todos modos, allí estaba Larry —y pareció que estaba por llorar.

—Oh, bueno, ¡anímate! —exclamó el tío Jack—. Supongo que no se ha perdido, sólo extraviado. Iré a buscarlo y lo encontraré antes de que puedas decir Jack Robinson.

—Yo también iré, si le place, señor —dijo Sarah Maud—, porque era mi deber cuidarlo, y si se ha perdido, no podré saborear mi comida.

Los otros Ruggles se quedaron clavados en el suelo.

¿Acaso se trataba de una cena? Y, en caso afirmativo, ¿por qué se hablaba de tales cosas como ocasiones festivas?

Sarah Maud salió por el vestíbulo gritando:

—¡Larry, Larry! —y, sin ningún intervalo de suspenso, una voz fina le dijo desde abajo:

—¡Aquí estoy!

Lo cierto es que Larry, abandonado por su guardiana natural, se dejó caer detrás del resto y se escurrió hasta el sombrerero para esperarla, pues no tenía la menor intención de entrar desprotegido en las fauces de una cena. Al ver que ella no llegaba, trató de salir de su refugio y llamar a alguien, cuando (un final oscuro y

espantoso para un día trágico) se dio cuenta de que estaba demasiado entrelazado con paraguas y bastones para dar un solo paso. Tenía miedo de gritar. Cuando he dicho esto de Larry Ruggles me he imaginado un estado de terror impotente que debería arrancar lágrimas de todos los ojos; y el sonido de la querida voz de Sarah Maud, unos segundos después, fue como una melodía angelical en sus oídos. El tío Jack le secó las lágrimas, lo llevó arriba y pronto le dio un ataque de risa, mientras Villancica hacía que los otros Ruggles se olvidaran de sí mismos y pronto estaban hablando como comensales consumados.

La cama de Villancica había sido trasladada al rincón más alejado de la habitación, y ella estaba tumbada en el exterior, vestida con un maravilloso y suave envoltorio blanco. Su cabello dorado caía en suaves y esponjosos rizos sobre su blanca frente y cuello, sus mejillas se sonrojaban delicadamente, sus ojos brillaban de alegría, y los niños le dijeron a su madre, después, que se veía tan hermosa como las imágenes de la Santísima Virgen. En otra parte de la sala había un gran bullicio detrás de un gran biombo que, a las cinco y media, se retiró y dejó al descubierto la mesa de la cena de Navidad. ¡Qué espectáculo tan maravilloso para los pobres niños Ruggles, que comían sus a veces escasas comidas en la mesa de la cocina! Resplandecía con altas velas de colores, brillaba con cristal y plata, se ruborizaba con flores, gemía con cosas ricas para comer; así que no era extraño que los Ruggles, olvidando que su madre era una McGrill, chillaran de admiración ante el espectáculo de

hadas. Pero el comportamiento de Larry fue el más vergonzoso, ya que no se atuvo al orden de marcha, sino que se dirigió de inmediato a una silla alta que lo señalaba inequívocamente, trepó como una ardilla, echó un vistazo exhaustivo al pavo, aplaudió extasiado, apoyó sus gordos brazos en la mesa y exclamó con alegría:

—¡Les he ganado a todos!

Mientras tanto, Villancica se rio hasta llorar, dando órdenes:

—Tío Jack, por favor, siéntate a la cabecera, Sarah Maud a los pies, y así quedarán cuatro a cada lado; mamá va a ayudar a Elfrida, de modo que los niños no tengan que cuidarse unos a otros, sino simplemente divertirse.

Junto a cada plato había una ramita de acebo, y no había nada más que hacer que cada pequeño Ruggles abandonara su asiento para que Villancica se la colocara, y a medida que se servía cada plato uno de ellos suplicaba que le llevaran algo. Hubo prisas de un lado para otro, puedo asegurarlo, pues es bastante difícil servir una cena de Navidad en el tercer piso de una gran casa de ciudad; pero si hubiera habido que subir cada plato por una escalera de cuerda, los criados lo habrían hecho con mucho gusto. Había pavo y pollo, con deliciosa salsa y relleno, y había media docena de verduras, con jalea de arándanos, apio y pepinillos; y en cuanto a la forma en que se sirvieron estos manjares, los Ruggles nunca lo olvidaron mientras vivieron.

Peter dio un codazo a Kitty, que estaba sentada a su lado, y le dijo:

—Mira, cada uno tiene su propia mantequilla; supongo que es para demostrarte que puedes comer esa cantidad y no más. No, no lo es, porque esa cerda de Peoria está recibiendo otra ración.

—Sí —susurró Kitty—, y las servilletas están marcadas con grandes letras rojas. Me pregunto si es para que nadie las corte; y, Peter, mira los dibujos pintados en los platos. ¿Lo habías visto alguna vez?

—Las ciruelas se han desprendido de mi salsa de arándanos, ¡y se han convertido en una gelatina rígida! —gritó Peoria, con una excitación salvaje.

—¡Hurra! ¡Tengo un hueso de los deseos! —cantó Larry, sin importarle el ceño fruncido de Sarah Maud; después de lo cual ella pidió que le cambiaran de asiento, poniendo como excusa que generalmente se sentaba a su lado y que si no “se sentiría extraño”; la verdadera razón era que ella deseaba darle una suave patada, por debajo de la mesa, cada vez que pasara por encima lo que podría llamarse “la línea McGrill”.

—Por Dios —murmuró Susan, al otro lado—, hay tanto que ver que no puedo comer nada.

—¡Apuesta tu vida a que puedo! —dijo Peter, que había mantenido a un sirviente ocupado desde que se sentó; porque, por suerte, el tío Jack no preguntó a nadie si



quería una segunda ración, sino que los platos se pasaron tranquilamente delante de sus narices, y ni un solo Ruggles rechazó nada de lo que se le ofreció, ni siquiera la séptima vez. Entonces, cuando Villancica y tío Jack se dieron cuenta de que más pavo era físicamente imposible, retiraron las carnes y trajeron el postre, un postre que habría asustado a un hombre fuerte después de una cena como la que lo había precedido. No así a los Ruggles —un hombre fuerte no es nada para un niño pequeño—, que se entusiasmaron con el postre como si el pavo hubiera sido un sueño y las seis verduras una ilusión óptica. Había budín de ciruelas, tarteletas de frutas y helado, además de nueces, pasas y naranjas. Kitty eligió helado, explicando que lo conocía de vista, pero que nunca lo había probado; pero todos los demás tomaron toda la variedad, sin reparar en consecuencias. —Mi querida niña —susurró tío Jack, mientras tomaba una naranja para Villancica—, no hay duda de la necesidad de este festín, pero te aconsejo que después de esto los tengas dos veces al año; o trimestralmente, tal vez, pues la forma en que comen es positivamente peligrosa; te aseguro que tiemblo por esa terrible Peoria. Voy a echar carreras con ella después de cenar. —No importa —rio Villancica—, que coman por una vez; me hace bien al corazón verlos, y vendrán más a menudo el año que viene.

Terminado el banquete, los Ruggles se recostaron lánguidamente en sus sillas, y la mesa se recogió en un santiamén; luego se abrió una puerta que daba a la habitación contigua, y allí, en un rincón frente a la cama

de Villancica, que había sido arrimada lo más posible, se alzaba el árbol de Navidad, brillantemente iluminado, reluciente de nueces doradas y diminutos globos de plata, y adornado con nevadas cadenas de palomitas de maíz. Los regalos habían sido comprados en su mayor parte con el dinero del cuento de Villancica, y fueron seleccionados tras largas consultas con la señora Pájaro. Cada niña tenía una capucha azul de punto y cada niño un edredón rojo de ganchillo, todos hechos por mamá, Villancica y Elfrida, "porque si lo compras todo, no demuestras tanto amor", dijo Villancica. Luego cada niña tuvo un bonito vestido a cuadros de un color diferente, y cada niño un abrigo de la talla adecuada. Aquí se acababan los regalos útiles, que ya eran bastante; pero Villancica había suplicado que les dieran algo para divertirse.

—Sé que necesitan ropa —había dicho, cuando hablaban del asunto justo después de Acción de Gracias—, pero eso no les importa mucho, después de todo. Ahora, papá, ¿no me dejarás POR FAVOR quedarme sin parte de mis regalos este año, y me darás el dinero que costarían, para comprar algo que les divierta?

—Puedes tener todo —dijo el Sr. Pájaro de inmediato—. ¿Hay alguna necesidad de que mi niña se quede sin su Navidad, me gustaría saber? Gasta todo el dinero que quieras.

—Pero no se trata de eso —objetó Villancica, acurrucándose junto a su padre—; no sería mío. ¿Qué sentido tiene? ¿No lo tengo ya casi todo, y no soy la niña más feliz del mundo este año, con el tío Jack y

Donald en casa? Papá, sabes muy bien que es más bendito dar que recibir; entonces, ¿por qué no me dejas hacerlo? Nunca pareces ni la mitad de feliz cuando recibes tus regalos que cuando nos das los nuestros. Ahora, papá, sométete, o tendré que ser muy firme y desagradable contigo.

—Muy bien, Alteza, me rindo.

—¡Querido papá! Ahora, ¿qué ibas a darme? Confiesa.

—Una figura de bronce de Santa Claus; y en la barriguita redonda, que se agita como un cuenco de gelatina cuando se ríe, hay un reloj maravilloso. Oh, nunca lo dejarías si pudieras verlo.

—Tonterías —rio Villancica—, como nunca tengo que levantarme a desayunar, ni acostarme, ni tomar trenes, ¡creo que mi viejo reloj me servirá muy bien! Y ahora, mamá, ¿qué ibas a regalarme?

—Oh, no lo había decidido. Unos cuantos libros más, un dedal de oro, un frasco de olor, y una caja de música.

—Pobre Villancica —rio la niña alegremente—, puede permitirse el lujo de renunciar a estas cosas tan bonitas, pues aún le quedarán el tío Jack, Donald, Paul, Hugh, el tío Rob, la tía Elsie, y una docena de personas más.

De modo que Villancica se salió con la suya, como generalmente lo hacía, aunque por lo general de buena manera, lo cual era una suerte, dadas las circunstancias; y Sarah Maud tuvo un juego de libros de la señorita Alcott; Peter, un modesto reloj de plata; Cornelius, una caja de herramientas; Clement, una perrera para su cachorro cojo; Larry, una magnífica arca de Noé; y cada una de las niñas, una hermosa muñeca. Puede creerse

que todos estaban muy contentos y agradecidos. Toda la familia, desde el señor Pájaro hasta la cocinera, dijeron que nunca habían visto tanta felicidad en tan poco tiempo; pero tenía que terminar, como terminan todas las cosas. Las velas parpadearon y se apagaron, el árbol quedó solo con sus adornos dorados y la señora Pájaro envió a los niños escaleras abajo a las ocho y media, pensando que Villancica parecía cansada.

—Querida, ya has hecho suficiente por hoy —dijo la Sra. Pájaro, poniéndole a Villancica su camisón—. Me temo que mañana te sentirás peor, y eso sería un triste final para un rato tan agradable.

—Oh, ¿no ha sido un rato encantador, encantador? —suspiró Villancica—. Desde el principio hasta el final, todo fue perfecto. Nunca olvidaré la cara de Larry cuando miró el pavo; ni la de Peter, cuando vio su reloj; ni la dulce, dulce sonrisa de Kitty cuando besó a su muñeca; ni las lágrimas en los ojos de la pobre y apagada Sarah Maud cuando me dio las gracias por sus libros; ni...

—Pero no debemos seguir hablando de eso esta noche —dijo la Sra. Pájaro, ansiosa—; estás demasiado cansada, querida.

—No estoy tan cansada, mamá. Me he sentido bien todo el día; no me duele nada en ninguna parte. Tal vez esto me haya hecho bien.

—Tal vez; eso espero. No ha habido ruido ni confusión; sólo ha sido un rato alegre. Ahora, ¿puedo cerrar la puerta y dejarte sola? Entraré suavemente a primera hora de la mañana, y veré si estás bien; pero creo que necesitas estar tranquila.

—Oh, estoy dispuesta a quedarme sola; pero aún no tengo sueño, y voy a oír la música de aquí a un rato, ya sabes.

—Sí, he abierto un poco la ventana, y he puesto la mosquitera delante, para que no sientas el aire.

—¿Puedo tener los postigos abiertos? ¿y no me giras un poco la cama, por favor? Esta mañana me desperté muy temprano, y una hermosa estrella brillaba en esa ventana del este. Nunca la había visto antes, y pensé en la Estrella de Oriente, que guio a los Reyes Magos hasta el lugar donde estaba Jesús. Buenas noches, mamá.

¡Qué día tan feliz!

—Buenas noches, mi pequeña y preciosa Villancica de Navidad; bendecida niña de Navidad de mamá.

—Agacha la cabeza un momento, madre querida —susurró Villancica, llamando a su madre—. Mamá, querida, creo que esta vez hemos celebrado el cumpleaños de Cristo tal y como a Él le gustaría. ¿No crees?

—Estoy segura —dijo la Sra. Pájaro en voz baja.

Capítulo 7: El pajarito se va volando

Los Ruggles habían terminado un último revolcón en la biblioteca con Paul y Hugh, y el tío Jack los había llevado a casa, quedándose un rato para charlar con la señora Ruggles, que les abrió la puerta, con el rostro encendido por la emoción y el deleite. Cuando Kitty y Clem le enseñaron las naranjas y las nueces que habían

guardado para ella, los sorprendió diciendo que a las seis la señora Pájaro le había hecho llegar la mejor cena que había visto en su vida; y no sólo eso, sino una prenda de vestir que debía de costar un dólar el metro si costaba un centavo. Mientras el tío Jack bajaba por el pequeño pórtico, miró hacia atrás por la ventana para echar un último vistazo a la familia, mientras los niños se reunían alrededor de su madre, mostrando una y otra vez sus hermosos regalos, y luego hacia arriba, hacia una ventana de la gran casa que estaba más allá.

“Un niño pequeño los guiará. Bueno, si alguna vez le pasa algo a Villancica, tomaré a los Ruggles bajo mi ala”, pensó.

—Despacio, tío Jack —susurraron los chicos, cuando entró en la biblioteca un rato después—. Estamos escuchando la música en la iglesia. Hace un rato cantaron “Canten, hermanos, Villancicos”, y ahora creemos que el organista está empezando a tocar “Mi propia patria” para Villancica.

—Espero que la oiga —dijo la Sra. Pájaro—, pero esta noche es muy tarde y no me atrevo a hablar con ella para que no se duerma. Son más de las diez.

El niño-soprano, vestido con una túnica blanca, estaba en el desván del órgano.

Las lámparas brillaban sobre su hermosa cabellera, y su pálido rostro, con sus serios ojos azules, parecía más pálido que de costumbre. Tal vez se debiera a la tierna emoción de la voz o a las dulces palabras, pero había lágrimas en muchos ojos, tanto en la iglesia como en la gran casa de al lado.

“Estoy lejos de mi hogar,
y el cansancio suele entrar,
por anhelar el regreso,
y el saludo paternal.
No estaré nunca contento,
hasta el día en que yo vea,
las doradas puertas del cielo,
en mi patria verdadera.
La tierra se adorna con flores,
de mil tintes, fresca y bella,
y los pajaritos cantan,
porque así lo quiso el Padre;
pero esos cantos y sonidos,
nada serán para mí,
cuando escuche a los ángeles,
en mi patria, por fin.
Como un niño ve a su madre,
o un ave vuelve al nido,
quisiera partir ahora,
a los brazos del Señor.
Pues Él toma en Su regazo,
a corderos como yo,
y los lleva con amor,
a su patria, al corazón”.

Había lágrimas en muchos ojos, pero no en los de Villancica. El amoroso corazón había dejado de latir en silencio y el “pajarito” de la gran casa había volado a su “nido natal”. Villancica se había dormido. Pero en cuanto a la canción, creo que tal vez, no puedo decirlo, la oyó después de todo.

Un final tan triste para un día tan feliz, tal vez, para los que quedaron; y sin embargo la madre de Villancica, aun en la frescura de su dolor, se alegró de que su querida se hubiera alejado en el día más hermoso de su vida, de su alegre satisfacción, hacia la paz eterna.

Se alegraba de que se hubiera ido como había venido, en alas de la canción, cuando todo el mundo rebosaba de alegría; se alegraba de cada sonrisa agradecida, de cada alegre explosión de risa, de cada pensamiento, palabra y acción amorosos que el querido y último día había traído.

La tristeza reinaba, es cierto, en la casita detrás del jardín; y un día, la pobre Sarah Maud, con un coraje nacido de la desesperación, se puso la capucha y el chal, caminó directamente a cierta casa a una milla de distancia, subió corriendo los escalones de mármol y entró en la oficina del buen Dr. Bartol, cayendo a sus pies mientras gritaba:

—¡Oh, señor, mis hermanos y yo fuimos a la última cena de la señorita Villancica, y si la hicimos empeorar no podremos ser felices nunca más!

Entonces el amable y anciano caballero tomó su áspera mano entre las suyas y le dijo que se secara las lágrimas, pues ni ella ni nadie de su rebaño había apresurado la partida de Villancica; de hecho, dijo que si no hubiera sido por las fuertes esperanzas y deseos que llenaban su cansado corazón, no habría podido quedarse el tiempo suficiente para pasar aquella última feliz Navidad con sus seres queridos.

Y así, los años viejos, cargados de recuerdos, mueren, uno tras otro, y los años nuevos, brillantes de esperanzas, nacen para ocupar sus lugares; pero Villancica vive de nuevo en cada repique de campanas de Navidad que resuenan alegres y en cada himno navideño cantado por voces infantiles.

